

En Cano, Vir, *Nadie viene sin un mundo. Ensayos sobre la sujeción e invención de unx mismx*. Buenos Aires (Argentina): Madreselva.

De este lado. Notas sobre cisexismo.

Silva Massacese, María Julieta.

Cita:

Silva Massacese, María Julieta (2018). *De este lado. Notas sobre cisexismo*. En Cano, Vir *Nadie viene sin un mundo. Ensayos sobre la sujeción e invención de unx mismx*. Buenos Aires (Argentina): Madreselva.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/maria.julieta.massacese/7>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pCz6/QNw>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

En Cano, Vir, *Nadie viene sin un mundo. Ensayos sobre la sujeción e invención de unx mismx*. Buenos Aires (Argentina): Madreselva.

De este lado. Notas sobre cisexismo.

Silva Massacese, María Julieta.

Cita:

Silva Massacese, María Julieta (2018). *De este lado. Notas sobre cisexismo*. En Cano, Vir *Nadie viene sin un mundo. Ensayos sobre la sujeción e invención de unx mismx*. Buenos Aires (Argentina): Madreselva.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/maria.julieta.massacese/7>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pCz6/QNw>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Canseco, Alberto (2017), *Eroticidades precarias*, Córdoba, Sexualidades Doctas C.E.

Canseco, Alberto (2017b), "Experiencia sexual y reconocimiento" en: Dahbar, Ma. Victoria, Canseco, Alberto (beto) y Song, Emma (Eds), *¿Qué hacemos con las normas que nos hacen? Usos de Judith Butler*, Córdoba, Sexualidades Doctas C.E.

Cuello, Nicolás "¿Podemos lxs gordxs hablar? Activismo, imaginación y resistencia desde las geografías desmesuradas de la carne" en: Contrera, Laura y Cuello, Nicolás (Comp), *Cuerpos sin patronos. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*, Buenos Aires, Madreselva, 2016.

De Lauretis, Teresa (1987), *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, Indianapolis, Indiana University Press.

Deleuze, Gilles (1995), "Post-scriptum sobre las sociedades de control" en: *Conversaciones (1972-1990)*, Madrid, Pre-textos.

Despentes, Virginie (2000), *Teoría King Kong*, Madrid, Melusina.

Foucault, Michel (1995), *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Foucault, Michel (1996), *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Foucault, Michel (2008), *Tecnologías del yo*, Buenos Aires, Paidós.

Preciado, Paul (2008), *Testo Yonki*, Madrid, Espasa.

De este lado.

Notas sobre cisexismo²

Julieta Massacese

Nací en Esquel, un pueblo de la Patagonia que recientemente ha tomado notoriedad nacional por la desaparición forzada del activista Santiago Maldonado³.

2. Dedico este ensayo a Aylin Maynard e Irasema Pocasangre por haber sugerido la necesidad de un escrito de estas características y haber brindado numerosas herramientas para realizarlo, y a mi pareja, pedro marin, por el amor que nos une. Agradezco las lecturas, sugerencias y correcciones de Aylin Maynard, Irasema Pocasangre, Duen Sacchi, Magdalena de Santo, pedro marin, Virginia Cano y Bárbara Scotto, perspectivas sin las cuales este ensayo no hubiera sido posible.

3. La denuncia de esta desaparición ha tomado la forma de una pregunta recurrente: *¿Dónde está Santiago Maldonado?* Al momento de escribir este texto, no hay respuestas. Al ingresar a la esfera “nacional”, esto es, al ser amplificadas por los medios de comunicación con base, lenguaje y matrices comprensivas de Capital Federal, las problemáticas locales pierden buena parte de su sustancia, de su valor y de su historia. De allí mi tremenda incomodidad al preguntar por Santiago Maldonado sin decir al mismo tiempo: *Libertad a Facundo Jones Huala*, lonko mapuche preso en la Cárcel de Esquel.

Esquel es un emplazamiento urbano que cuenta con alrededor de 50.000 habitantes, el municipio más grande de la cordillera chubutense. Tiene un destacamento de Gendarmería y otro del Ejército, debido a latentes conflictos de soberanía con Chile, y más precisamente respecto a cómo se convirtió la Patagonia en suelo de la nación, primero en tanto "Territorio Nacional", luego, tardíamente, como "Provincia". Cuando éramos adolescentes, mi mejor amigo (un trolo cis⁴) y yo descubrimos nuestras respectivas homosexualidades. En ese momento ambos éramos activos políticamente, todo lo activa que puede ser una en un pueblo de esas características, lo cual no deja de sorprenderme al contestar: bastante. Teníamos una pequeña biblioteka anarquista, ya que el anarquismo había quedado como una tradición posible entre los últimos *punks* que habían sobrevivido los '90 y que se relamían leyendo sobre la Patagonia Trágica. Osvaldo Bayer vivió en Esquel y fundó un diario homónimo. Además de eso el pueblo había sido declarado municipio no-nuclear, y se había impedido la instalación de un basurero nuclear en Gastre (a varias horas en la meseta). En ese tiempo luchamos contra la multinacional minera Meridian Gold, logramos un plebiscito popular

4. Una persona cissexual es alguien cuyo género coincide con el género que le fue asignado al nacer, o dicho de otra forma, una persona que no es trans.

e impedimos la instalación de una mina a cielo abierto. Fueron tiempos de desalojos brutales: el de la familia Fermín en Vuelta del Río, y el de Atilio Curiñanco y Rosa Rúa Nahuelquir en Santa Rosa, Leleque. Aún con todas las posibilidades de vida y acción política que se abrían a nuestro alrededor, ser homosexual no estaba en la lista.

Internet era un paisaje del todo diferente al que es ahora, pero significó buena parte de nuestra supervivencia y también el medio privilegiado de nuestro activismo. Escuchando Silvio Rodríguez o Manu Chao no lograríamos homosexualizarnos, pero con Internet mi amigo nos bajó la discografía entera de los Smiths y de Miranda. Aún no había “Matrimonio Igualitario”, y ser gay y lesbiana en un pueblo panóptico era algo bastante horrible, por eso creamos un portal web para conocer a otros y otras como nosotras. Desde aquel entonces, año 2007 aproximadamente, nunca logramos convocar a ninguna persona trans, a pesar de que nos llamábamos LGBT. Es cierto que escasamente convocamos a persona alguna: aunque el sitio contaba con muchísimas visitas, por años apenas logramos reunirnos con un chico gay local y un hombre gay de Chile. Quizá nuestro mejor logro, además del chat (que fue un canto a la vida para todos los gays tapados y no tapados del pueblo), fue intervenir en el caso de una loquita púber que iba conmigo a la secundaria y aco- saban constantemente. Alrededor de cinco o seis años

después, conocimos a una lesbiana de un pueblo vecino junto a otros dos chicos gays. Todos cis. Sabíamos que en otro tiempo hubo una mujer trans en nuestro pueblo, cuando éramos niños, pero se había ido para la costa o había muerto. Siempre que he reflexionado sobre esa experiencia –que continúa, tímidamente gestionada por algún local– he notado que una de las tantas dificultades fue justamente esa, no haber podido articular con sectores trans. El activismo en Chubut tiene tiempos muy diferentes a los metropolitanos, incluso cuando Esquel integra la llamada “Comarca Andina”, en la cual está El Bolsón (a dos horas de viaje), localidad en la cual los horizontes son –al menos un poco– más abiertos, y donde por suerte, otros agenciamientos y otras alianzas son posibles.

En cuanto pudimos mi amigo y yo nos exiliamos, primero a lugares diferentes, luego nos reencontrábamos en Buenos Aires. Conocí Buenos Aires en éxtasis, como una *flâneur* a quien la modernidad le había llegado de forma tardía⁵. Tuve varias novias y compañeras sexuales y me hice de mi comunidad de lesbianas: por lo pronto todo parecía marchar bien. Luego, o mientras tanto, llegó el Matrimonio Igualitario.

5. *Flâneur* es el explorador urbano europeo del siglo XIX, quien conoce la ciudad caminándola, a la vez detective y vagabundx. Walter Benjamin lee en este personaje las vicisitudes de la modernización, el pasaje del campo a la ciudad, la alienación

Eran tiempos aún épicos, incluso para nosotrxs, que nunca quisimos casarnos, y que lo que políticamente nos seducía de la homosexualidad era su carácter repulsivo y antisocial. Enseguida supimos que ya no se decía “homosexual”, era una antigüedad, leíamos a Foucault y nos aggiornamos de los modismos porteños. Al llegar fue muy difícil encontrar donde activar, ya parecía todo muy cocinado, lleno de tejes previos que desconocíamos. Acostumbrada a una alianza gay-lésbica, me fui sorprendiendo de que el activismo metropolitano era sumamente identitario, a pesar de que en esos tiempos lo *queer* se volvió *fashion*. Tuve la suerte de conocer varias personas trans que ampliaron mi perspectiva, hasta ese momento muy limitada a *varones gays* y *mujeres lesbianas* [cis], y me anoticié asimismo de que esa “I” (de “intersex”) que se sumaba de forma cosmética al final de la sigla [LGBTI] en las convocatorias decía mucho más, hablaba también una historia, una tradición y una denuncia que no parecía resolverse ni tampoco abordarse suficientemente dentro de aquello que se decía “nuestra comunidad”.

En el medio de todo este ajeteo me formé en teoría feminista y estudios de género. Comprendí que los feminismos se encargaron históricamente de señalar el carácter socialmente marcado de toda posición que se pretendía universal y neutra (*i.e.* el “hombre”, la “heterosexualidad”, etc.). Supe de los placeres de

poner a funcionar una caja de herramientas que nos permitió nombrar aquello que no tenía nombre, señalar lo intencionado que se esconde en lo aparentemente obvio, y transformar nuestra propia percepción de nosotras mismas y nuestra situación. Sin embargo, con los años, saliendo de las comodidades del feminismo blanco, registré gracias al feminismo negro y descolonial que no solo las variables de género binarias son las que estructuran la realidad, sino que estas se entraman de formas complejas (y a veces nada obvias) con muchas otras, particularmente con las categorías –tampoco estables ni inocentes– de raza y clase.

Notaba que allí la centralidad de la variable género se veía a su vez desplazada. Se revelaban también sus puntos ciegos, sus sesgos, sus propias posiciones también marcadas, por otras que venían a reclamar: *si me estás representando te cuento que te estas olvidando de mí, y si te estás olvidando de mí, te cuento que estoy aquí*. “Nada sobre nosotros sin nosotros” (*nihil de nobis, sine nobis*), es una expresión que sintetiza el tipo de demanda y que resurgió, traída del siglo XIX de donde estaba archivada, a principios de los ‘90, gracias al trabajo de activistas sudafricanxs por los derechos de las personas con discapacidad. Es como una especie de *loop* histórico que se repite sin cesar apenas aparece una representación, y con ella sus márgenes, que eventualmente

estarán en condiciones de organizarse y hablar por sí mismos. Si una fuera hegeliana diría que es el camino del Espíritu que se universaliza y se particulariza a la vez. Mas una no es hegeliana, así que simplemente queda absorta y se pregunta si al momento de narrar esta historia, lo hará en forma de comedia, de tragedia o de ironía.

Desde los '70, por supuesto, pero especialmente a partir del año 2000 y en zonas metropolitanas de Argentina, ser gay y lesbiana (cis) tomaron visibilidad y relativa legitimidad, haciendo nuestras vidas al menos un poco más vivibles. De a poco, fuimos leídos como humanos, tanto así que hasta se desplegaron mercados en torno a ello. ¿Cómo podemos hoy evocar un texto como *La desaparición de la homosexualidad*, de Néstor Perlongher? Es un texto de 1991. Profético y lapidario. Veintiséis años después, la normalización, el matrimonio, la mercantilización, y el *pinkwashing*⁶ nos exprimieron

6. El término *pinkwashing* (lavado rosa) "es una herramienta utilizada principalmente por activistas de medio oriente, israelitas y palestin*s, para denunciar el uso propagandístico de políticas públicas, discursos mediáticos, térmicas afectivas y producciones visuales que trabajan afirmando positivamente la vida de las personas lgbt, garantizando su identidad, su seguridad, y sus consumos, lavando las culpas o enmascarando el despliegue de políticas capitalista de carácter imperial que trabajan en la expansión del dominio cultural, la islamofobia y el racismo" (Cuello: 2016).

y domesticaron. ¿Dónde está la contracultura? Por supuesto, el pasado siempre suena más romántico cuando ya pasó, y esos años de ocultismo, códigos, adrenalina y violencia aún se repiten hoy en día de forma similar o peor, bajo numerosas circunstancias (por ejemplo, estar en una situación de pobreza, no vivir en una metrópolis, ser una persona trans, no tener acceso a Internet, etcétera). A pesar de ello, y bastante lejos de una retórica triunfalista, Internet, el activismo y los medios de comunicación han proporcionado algunos modelos y herramientas que en otro momento hubieran resultado inconcebibles. El hecho de que haya medio millón de resultados en Google para la palabra “heterosexual”, y casi 150.000 para “heteronormatividad” son un dato a tener en cuenta. Hasta Facebook siente orgullo de nosotrxs. Que la última apague la luz.

Lo que es cierto es que post-matrimonio, en tiempos kirchneristas, muchas vidas se volvieron inimaginablemente más vivibles. En particular, la vida de mi amigo y la mía. Él, en el teatro, yo por el lado de la filosofía. Mal que mal, pese a todo, nuestras respectivas homosexualidades dejaron de ser la preocupación más fundamental, aquello que nos ahogaba. Ahora podíamos respirar. Y una ciudad entera parecía tener lugar para nosotras. Allí, cuando una se relaja, es que hay algo que no está funcionando. ¿Habíamos ganado? ¿Habíamos perdido? En todo caso, eran más

urgentes en aquel entonces conseguir dinero para una obra, para comprar libros, para pagar el alquiler. Dentro de todo podíamos tener sexo, podíamos tener amor en nuestras vidas, en rigor no podíamos acusar a nadie de nuestros fracasos más que a nosotras mismas. Incluso comencé a cansarme de la visibilidad, ya no quería estar expuesta; sorteada la lucha por la supervivencia hacía tiempo, prefería simplemente vivir. Igualmente, seguía disfrutando de la noche gay y de esa ficción llamada activismo lésbico para recrearme, para pasar tiempo y para conseguir compañeras sexuales y románticas.

Entretanto, las tecnologías de la información también nos pasaron por arriba, y en un momento aquel activismo un poco *hippie* que tanto nos gustaba, nucleado en grupos, de naturaleza mixta en todo respecto y fanzinerero se vio desplazado por los nombres propios y la obscena intimidad del Facebook. Eso nos permitió conocernos de formas inimaginables. Asimismo facilitó que otras interpelaciones y otras redes fueran posibles. El activismo trans comenzó a contestar y poner en jaque a los activismos lésbicos, gays y/o feministas con mayor énfasis, y a mostrar la pertinencia del análisis del cissexismo como un problema de primera necesidad. A pesar de que más o menos todo el mundo estuvo de acuerdo en que los travestididos o los transfemicidios debían detenerse, que la Ley de Identidad de Género era algo muy importante,

a la hora de poner el cuerpo a los reclamos, al igual que el día de hoy, la asistencia mermaba. Y al momento de reconocer un señalamiento que alguna persona trans hacía porque alguien se le había escapado el vector cis del análisis, en vez de dar lugar a la observación, la actitud más corriente fue –y es– la de reforzar la posición cisexista negando toda validez al asunto, al estilo del *gaslighting*⁷, y en ocasiones incluso recurriendo a la victimización. ¿Cómo podría un puto ser cisexista? ¿Cómo podría una torta? *Si sufrimos tanto, en aquel entonces*. Quizá no se entendió nada de interseccionalidad, o quizá, de forma muy perjudicial, se la reversionó en una especie de carrera de a-ver-quién-está-peor.

Al contar esta historia no deja de sorprenderme, y quizás eso es parte de mi privilegio cissexual, cómo es posible que una población negada y despreciada por décadas incluso por los sectores más progresistas de la sociedad haya aprendido tan poco de todo esto, y lo repita como una maldición sobre sus propixs compañerxs, usualmente también putos y lesbianas trans. Esa es nuestra vergüenza. Quiero hacer de esa vergüenza el objeto de este ensayo y escribir, concre-

7. El término *gaslighting* refiere a una actitud psicológica abusiva que consiste en manipular a una persona para que ponga en duda su propia memoria y percepción, a través de mecanismos de negación, deslegitimación y distorsión.

tamente, sobre cissexismo. Y aquí viene una pequeña declaración de intenciones. Escribiré sobre cissexismo porque considero que es un tema que ha sido olímpicamente evitado por las personas cis lesbianas, gays y feministas (entre las que me incluyo) por muchos años. Mientras que se ha escrito muchísimo sobre *temáticas trans*, y políticamente incluso se ha llegado a enarbolar lo trans como bandera, la mayoría de las veces han sido personas cis que se han beneficiado de forma extractivista y/o instrumentalista de los asuntos, las imágenes y las experiencias trans. Al mismo tiempo, las personas cis no hemos reflexionado sobre los privilegios de nuestra propia posición, ni sobre la borradura y la expulsión de las personas trans de los espacios de activación teórica y política. Mi deseo es que este escrito contribuya, aunque sea humildemente, a la reparación de esta injusticia histórica, que por cierto precisará muchas otras acciones al respecto.

Escribir un texto sobre el cissexismo siendo una persona cissexual me resulta sumamente incómodo. Me incomoda haber sido y ser parte del problema, y el hecho de que la injusticia persista y se revele en nuestros actos: este libro está escrito íntegramente por personas cissexuales, y eso habla también de la exclusión de las personas trans que persiste en las prácticas académicas, el acceso a la universidad y la investigación en Argentina. Lamentablemente este texto no está en condiciones de reparar esta brecha y consigno

esto como parte de sus limitaciones. Lo que quizá sí esté en condiciones de hacer –o al menos, intentar– es: 1. No hablar por las personas trans, 2. No tomar a las personas trans como un *objeto de investigación*, actitud que las personas cis han repetido en exceso y de forma generalmente acrítica en la Universidad. Sí compartiré algunos aportes teóricos y políticos de activistas, filósofos y pensadores trans en relación al cisexismo, pero mi tema de ensayo y objeto de análisis aquí somos las personas cis, y particularmente, el cisexismo (el mío, el tuyo, el nuestro). Por esta razón, otra de las limitaciones de este trabajo es que está escrito principalmente para interpelar a las personas cis, ya que entiendo que carece de sentido explicar a las personas trans qué es el cisexismo.



“CIS: la remera que nadie quiere ponerse”. Preparado por Akntiendz.

Este texto nace como inspiración de mis amigas Amessarika Pocasangre y Aylín Maynard y del activismo lésbico trans-cis que llevan en su blog Akntiendz. Ellas me comentaron que lamentablemente hay muy pocos textos en los cuales las personas cis tematicen el cissexismo. La remera que hace de intro en su curso “Mi transfeminismo es mi Kung Fu” es particularmente provocadora: “Je suis trans. Es que, si todos somos trans, ¿por qué no todos somos cis?” (Maynard y Pocasangre: 2016). Escucho allí, en el activismo trans, tanto de mis afectos cercanos como de personas a quienes admiro, voces que indican que es preciso pensar el cissexismo, que es necesario pensar el privilegio (y hacer algo con eso). Es el tipo de reflexión que quisiéramos ver en torno al privilegio masculino por parte de los varones cis y del privilegio heterosexual por parte de las personas cis-heterosexuales: que detecten que eso mismo que los vuelve inteligibles y reales es aquello que arroja al resto por fuera de lo humano, aunque sea incómodo darse cuenta que tener el privilegio es no saber que se lo tiene. Repito, me resulta arriesgado y no del todo confortable escribir sobre cissexismo siendo una persona cis, pero como dice Donna Haraway, es preciso comprender desde qué lugar escribimos, puesto que “ocupar un lugar implica responsabilidad en nuestras prácticas” (Haraway: 1991, p. 333).



“No hay fanático que no haya llegado tarde a su fanatismo,
por eso es fanático, para camuflar su impuntualidad ética.”

Silvina Giaganti (2014)

Un apartado aparte merece la cuestión del activismo lésbico. Quizá, un ensayo aparte. Bajemos las expectativas y comencemos por tomar algunas notas. Cuando conocí el activismo lésbico porteño percibí dos aspectos fundamentales que para mí aún hoy lo caracterizan: identidad y visibilidad. La visibilidad era parte de una agenda política que se había hecho fuerte durante los '90 de forma consecuente con la histórica invisibilización de las lesbianas y también una respuesta a la subrepresentación y borramiento del tortaje en la política gay más acomodada; y en segundo punto y de manera completamente relacionada estaba la identidad, que como sabría después, significaba mucho más que con quién una quisiera acostarse. La identidad era y es para el activismo de lesbianas, ante todo, política. A mí esto siempre me hizo un poco de ruido: antes de ser feminista fui lesbiana, y fui lesbiana por ninguna idea en particular, salvo lógicamente la de acostarme con cierta gente⁸.

8. Frente a posibles objeciones digo: vamos, no estoy invocando un deseo pre-social, ya sé que “todo es política”, subamos el nivel de la discusión. Declarar el carácter político de cada rasgo

Descubrí que ese aspecto vital, decía, el de ejercer cierta clase de amor y/o de sexo, estaba subyugado a una identificación que era más bien una declaración política. Descubrí pues, el lesbofeminismo.

Conocí esto de que “el feminismo es la teoría, el lesbianismo es la práctica”⁹. Pensé: «pero si lo que una quiere es poder amar o acostarse con quien sea [ya sé, un poco naif, pero hoy lo pienso con mayor fervor] ¿cómo hemos convertido en dogma la relativa situación de nuestras vidas?». Esta reflexión me surgía al pensar cuánta energía había puesto en defender mi identidad, una tarea que no se la deseo a nadie. Defender la identidad, volverla legítima, volverla posible, me había llevado muchos dolores de cabeza, bancarme relaciones violentas con tal de no mostrar el *fracaso* que también era absolutamente posible en una relación lésbica y básicamente vivir de

social no es necesariamente un análisis político y menos aún un análisis político útil. El hecho de que seamos animales políticos no implica que cada aspecto de nuestra vida tenga una traducción política sencilla y mucho menos obvia.

9. Frase atribuida a T-Grace Atkinson, filósofa y feminista radical estadounidense, miembro de NOW (National Organization of Women) y Daughters of Bilitis, la primera organización lésbica de los EEUU. Véase: Massacese, 2013. También se le refiere haber formulado, años más tarde, la siguiente locución: “Sisterhood is powerful. It kills. Mostly sisters” [“La sororidad es poderosa. Mata. Sobre todo a hermanas”].

forma reaccionaria y defensiva por mucho tiempo. En algún momento y afortunadamente me relajé al respecto, pero aún así estaba lejos de pensar que ser lesbiana debía ser la opción para todas las mujeres. La apología, a mi juicio, alarga la reacción. Apología es sinónimo de defensa, de justificación, de disculpa y de bombo, de tener que estar subida al pony constantemente, haciendo rondas de vigilancia.

Mis intuiciones se volvieron más fundadas a medida que fui investigando. Me di cuenta que convertir una vida en eslogan no solo es una forma de agobio, sino que usualmente se hace contra de esa propia vida. Y sobre esto sabíamos bastante, sobre la discriminación por excelencia. Esto de que mujer es *madre, belleza, compasión*, etcétera. Volver estandarte es idealizar, y la idealización usualmente niega la materialidad de aquello que convierte en figura retórica, en emblema, en *marketing*. Por eso las feministas lesbianas yanquis de los '70, conversas todas, despreciaban la más hermosa cultura lésbica que se había forjado desde antes de que nacieran: la cultura *butch-femme*¹⁰. Demasiado

10. La cultura *butch-femme* surgió en EEUU alrededor de los años '40, y se componía de códigos de vestimenta, de interacción y vinculación muy específicos. Se llamaba *butch* a las lesbianas con una presentación de género masculina y *femme* a quienes tenían una apariencia femenina. La norma era que las parejas se compusieran por una *butch* y una *femme*. En Argentina se tradujo como *chongo/a* y *femme*, hacia fines de los años '90. Algunas les-

hétero, demasiado masculinas, demasiado femeninas, en exceso de clase trabajadora, poco universitarias, poco blancas. Las lesbianas echaron a las lesbianas que no coincidían con la idea que tenían de lo que era una lesbiana. *El lesbianismo a costa de las lesbianas*.

Esta operación estandarizante se repite a menudo con otras identidades, y particularmente es insidiosa con las personas trans (argumentos cissexistas básicos y cruelmente ambivalentes –es decir, imposibles de satisfacer: «las personas trans deben ser binarias», o por el contrario «deben ser no binarias», «deben ajustarse al rol», o «no deben ajustarse tanto al rol», pueden ser todo lo trans que quieran «pero no pueden ser varones porque son el enemigo», etcétera). Cuando las papas queman, la identidad de la otrx es la única elegida, la única construida y llega a ser *meramente* política, conveniente o inconveniente.

Volviendo al lesbianismo, quizá abunden lecturas demasiado literales. Un compañero dijo el otro día: «hay que dejar de leer a Wittig por al menos 200 años». Hablaba del texto “El pensamiento Hétero”, de M. Wittig, del cual proviene su famoso lema: “las lesbianas no son mujeres”. A pesar de su carácter provocativo, se trata de una afirmación, otra normativa sobre todo pronunciada en estos días, fuera de su

bianas antiguas reportan que a las chongas de otros tiempos se les llamaba *bomberas*.

contexto de enunciación, de cómo son o cómo tienen que ser las lesbianas¹¹. La teoría *queer* en Argentina de alguna forma se acomodó y remixó con todo esto (sincretismos muy singulares, los nuestros). Sí, sí, la mayoría de las veces, en la mayoría de las traducciones, la injuria recuperada se volvió identitaria. Es llamativo que, al no existir una traducción realmente equivalente de la palabra *queer*, se abrieran dos vías: o bien se la tradujo como *cuir*, en un ajuste fonético que conservaba su carácter no identitario pero neutralizaba su valor político, o bien lo que se tradujo fue la operación, que recuperaba un vocablo ultrajante realmente existente, como *puto*. Sin embargo, en el último caso, se perdía el carácter abierto, no identitario y “paraguas” de la palabra *queer*. Incluso más: el

11. “En la medida que [Wittig] concibe a la lesbiana como completamente «afuera» de la matriz heterosexual, como radicalmente no condicionada por la economía heteronormativa, desconoce la presencia de estructuras de homosexualidad psíquica en las relaciones heterosexuales y la de estructuras de heterosexualidad psíquica en las relaciones homosexuales. Tal «purificación de la homosexualidad» no solo replica el binarismo disyuntivo del pensamiento *straight*, sino que, al ignorar que la heterosexualidad funciona como una «comedia inevitable» que puede parodiarse; deslegitima también la proliferación de identidades específicamente lésbicas que subvierten y desplazan el contrato heterosexual —por ejemplo, el binomio *butch-femme* —.” (Mattio: 2015, p. 235).

otro día agarré un paper que argumentaba “a favor de la identidad *queer*”. Por más moda que haya sido, nunca abandonamos la política identitaria, y en particular, una política bastante prescriptiva de cómo ser que cala profundamente en la acción individual como marca autoexplicativa de activismo.

Algunas amigas me señalan que se me mezcla lo local (¿de cuál de las localidades?), lo global, el norte, el sur, los tráficos de textos, las recepciones, las experiencias de esas recepciones. Tienen razón. Explicar esto quizá puede hacerse mediante una pequeña historia sobre lecturas. Habiendo leído y visto un poco de cada cosa, en un momento de mi vida me interesé por intentar comprender qué matrices teóricas manejaba el activismo argentino y me propuse rastrear las lecturas que habían alimentado diferentes momentos activistas. Si bien hay una vertiente francesa que es muy influyente¹², me pareció que la tradición yanqui era inigualable en todo sentido: alcance, cantidad y calidad de las discusiones e influencia. No solo resonaba en muchas de las realidades, dilemas y debates que nos ocurrieron u ocurrían, no solo a las lesbianas, sino que esa tradición estaba viva, o incluso muerta continuaba siendo influyente, probablemente por las

12. Hablo de Wittig, ya que aunque escribió en EEUU, trae consigo la matriz teórica del materialismo feminista de Delphy y Guillaumin.

economías culturales-políticas Norte-Sur, por la centralidad del inglés en Internet, por el capitalismo.

Son tantas las distancias como las similitudes entre el activismo de lesbianas yanquis y el argentino –la situación está lejos de ser simétrica. Respecto a la transfobia/transodio y el cissexismo, coinciden en que se puede decir bastante de ambos. El “lesbofeminismo” norteamericano gana todas las apuestas con las TERFS (*Trans exclusionary radical feminist*), las feministas radicales trans-excluyentes¹³, que como su nombre lo indica son feministas dedicadas a estar en contra de las personas trans, en particular de las mujeres. Más arriba cité a Rich, en mi bibliografía de

13. Quizá pocos movimientos (probablemente ningún movimiento que se diga progresista, revolucionario o de avanzada) han atacado de forma tan sistemática y constante a las personas trans como el lesbofeminismo norteamericano. A pesar de que hubo lesbianas trans en las filas más antiguas del activismo lésbico en EEUU, como Sandy Stone. Quizá porque estaban desde el principio, y gracias a un feminismo separatista reaccionario, es que desde el principio también hubo TERFS (*Trans exclusionary radical feminist*, feministas radicales trans-excluyentes). Basta mirar por arriba los trabajos de Sheila Jeffreys y Janice Raymonds para comprender la violencia de sus puntos de vista y el nivel de la conspiranoia. Por cierto, no se salva nadie de la *razzia* de estas teóricas (obviamente las *butch*, las *femmes*, las usuarias de dildos y/o prótesis, las personas que realizan bdsm y muchxs más).

2007, unos años más tarde comprendería que su texto dio nombre a la primera publicaciónlésbica de América Latina, *Cuadernos de existencia lesbiana* y el activismo de lesbianas de los '80 y aún entrados los '90 (en las Lunas y las Otras) en Capital Federal. Hace un tiempo leí una cita transfóbica de Rich en el manual TERF de Janice Raymonds, quien era su amiga íntima, *The Transsexual Empire*¹⁴. Rich era una suerte de heroína local y personal, alguien que había intentado tender puentes entre lesbianas y feministas (cuando eran términos excluyentes), pero la continuidad del *continuumlésbico* que supuestamente nos recorría a todas continuaba *solo hasta ahí*.

Un variopinto arco que va desde el ligero cissexismo hasta la cruda transfobia se siente aún en el activismo

14. Aviso de contenido: transfobia, transmisoginia. Según Raymond frente al temor de ser llamadas odiadoras de hombres, las lesbianas encuentran “como Adrienne Rich lo ha señalado, una vía de evitar esa temida etiqueta, y de permitirse aceptar a los hombres, es aceptar aquellos hombres que han abandonado la supuesta posesión de la hombría en una sociedad patriarcal por la auto-castración” [“As Adrienne Rich has pointed up, one way of avoiding that feared label, and of allowing one’s self to accept men, is to accept those men who have given up the supposed ultimate possession of manhood in a patriarchal society by self-castration.”]. Fuente consignada en el texto: Conversación con Adrienne Rich, Montague, Massachussets, Mayo de 1977, en Raymond, Janice, “Safopor cirugía” (Striker y Whittle: 2006, p. 138).

local. Una quisiera decir: ¿TERFs? ¿No habían cerrado ya ese antro? Pero no, y al contrario, Internet está hizo posible que las transfóbicas vernáculas de toda la vida tuvieran un nombre, y eventualmente, se organizaran. En ámbitos de aquello que se da en llamar “disidencia sexual”, rara vez alguien se identifique TERF (nunca digas nunca), pero en muchas ocasiones se comparten los argumentos, prejuicios y la transmisoginia característica –volveremos sobre eso más adelante. Algunas, más *polite*, han tenido que poner que se admiten lesbianas *cis*, *trans* y *no binarixs* por una cuestión de etiqueta. Ya no son tiempos para derrapar de forma tan grande en la incorrección política. Pero la corrección política puede ser una forma de condescendencia, en la medida en que sea maquillaje, además obligatorio o disimulo, en la medida en que no se traduzca en convocatoria, ni en agenda, ni en valoración efectiva de las existencias de nuestras compañerxs como componentes ineludibles de lo que somos como comunidad.

Quizá una de las más grandes muestras de cise-xismo es pensar siempre en las personas trans como en *las otras*, es decir, por fuera del plural personal: acá estamos nosotras, las lesbianas o los putos cis, *de este lado*, y las personas trans pueden venir, no venir, alegrarse, ofenderse, o lo que sea, pero siempre las percibimos como “externas” al conjunto comunitario. Antes que lesbianas o putos, son trans, y por lo tanto son diferentes de nosotras. Julia Serano, a quien he

leído gracias a la difusión y las traducciones del sitio Akntiendz, formaliza este pensamiento de la siguiente manera: “El mito es muy simple: se asume que las mujeres cis están perpetuamente en el interior de las comunidades de tortas, mientras que las mujeres trans se encuentran perpetuamente en el exterior, tratando de entrar” (Serano: 2014). ¿Cuántas veces hemos leído, en una actividad que intentaba ser incluyente, que era para “lesbianas y trans”? Aquí se ve que el “lesbiana” no se toca, y aparece trans como la categoría marcada, externa y sumada, accesoria. Simone de Beauvoir nos enseñó que la categoría marcada es la categoría dominada, y Donna Haraway nos mostró que detrás de toda aparente *modestia* hay una tecnología que borra el carácter parcial de las propias marcas. En este caso, y amén de las buenas intenciones de la convocatoria, se aceptan personas trans en tanto trans, no en tanto lesbianas, porque “lesbiana” a secas continúa significando “lesbiana cis”. Agradezco a Aylin Maynard esta argumentación.

Una afinidad que me ha crecido con el tiempo es hacia el activismo de mujeres trans y travestis, en relación al problema de la transmisoginia. Como *femme* he sentido el constante menosprecio de lesbianas y putos cis hacia lo femenino [no-marica], las mujeres en general y en particular las mujeres trans. Hace un tiempo que siento que en las comunidades reales o virtuales de lesbianas el modelo de lo deseable

es el cuerpo andrógino de una persona asignada mujer al nacer. Y aquí andrógino significa también blanco, flaco, cis y relativamente joven. Mientras que se considera “chonga” como un término empoderante, visible y subversivo, parece ridículo llegar a identificarse con lo femenino. Si bien a la masculinidad, cuando es trans, se la rechaza bajo la idea de traición de género, o se la acepta mientras se subsuma a lo “lésbico”, a la feminidad se la desprecia de principio. Y aquí lo social coincide con lo activista: ¿quién, cis o trans, en sus cabales, podría querer ser una mujer? La transmisoginia es una de las normas que ordena el adentro y el afuera de muchas comunidades de lesbianas, no solo en cuanto al acceso, la representación y la agenda, sino en términos del deseo. “Las travestis somos el deseo ilícito de la derecha capitalista, ¿cuándo seremos el deseo lícito de la izquierda revolucionaria?”¹⁵.

Hace un tiempo, participando en la organización de un conversatorio de violencia entre lesbianas, descubrí incómodamente que no había realmente comprendido los alcances concretos de este sesgo cissexual. Lo organizamos junto con varias personas, trans, cis y no binarias desde el momento cero, y en vistas a una convocatoria similar. Esto cambió del todo el panorama y la asistencia. Es más, debido a que

15. Esta frase fue enunciada por Lohana Berkins, quien dejó la fuente anónima.

comenzaron a asistir muchas personas que ni siquiera se identificaban como lesbianas (bisexuales, personas no binarias, varones trans y otrxs), hicimos una autocrítica y colectivamente decidimos un nombre no identitario para el espacio. Nos dimos cuenta que lo que nos convocaba era el encuentro. Butler dice que “la política relativa a la identidad no logra presentar una concepción más amplia acerca de lo que significa, políticamente, vivir juntxs” (Butler: 2017, p. 34) o de forma más sencilla: más que la identidad, nos unía la precariedad. ¿Perdía yo un espacio, caía de nuevo en la terrorífica invisibilidad lésbica, o más bien, por el contrario, no solo había espacio para mí, sino también para mis compañerxs? En la segunda reunión, fue tan amplia la asistencia de personas trans que superaban en número a las personas cis presentes. Si bien sé que ha habido articulaciones similares en el pasado, en mi biografía post-2000 nunca había estado en una reunión de tales características, cuestión que fue señalada también por asistentes más viejas que yo. Ahí también me di cuenta de qué mal que hemos estado haciendo todo. ¿Cómo es posible que determinados grupos *no* tuvieran derecho a aparecer? No olvidaré a una piba, que constantemente aludía a los varones cis como “machos heterocis”, cuando afirmó “las lesbianas no podemos ser cis” (diagnóstico: mucha Wittig). Levanté la mano y dije, “ey, acá estoy, soy una lesbiana femme cis”. Muchas personas cis parecen esa gente

que cuando una le pregunta sobre su heterosexualidad responden “no, yo soy normal”.

Dejemos un rato a las lesbianas, porque después de todo, el hecho de que me sienta *menos* lesbiana se explica solo parcialmente con el intenso desencanto del activismo lésbico, la vergüenza de su cisexismo casi nada revisado y a mi juicio su notoria falta de agenda (salvo políticas de urgencia o consignas a favor de la lesbianización de la población). Solo parcialmente, digo, porque eso no me ha hecho menos lesbiana en el pasado. El hecho de que mi pareja esté transicionando es algo que me hace menos lesbiana. Una amiga me dice que eso no tiene por qué ser así. Tiene razón, la sexualidad de cada una es de cada una, y una, a esta altura del partido, puede definirse como quiera, y no necesariamente en concordancia respecto con quién/es está sexual y/o románticamente. Es un territorio de autonomía, sin dudas, pero a su vez hay pocas zonas de tanta vulnerabilidad, en el sentido de co-constitución de una en relación a otrx –y viceversa–, que el sexo, el amor y el romance. No se trata solo de no invisibilizar a mi pareja, cuestión a mi juicio relevante, sino también del hecho de que reconozco afectos y deseos en mí que me gustan. Quizá me siento más bisexual o pansexual. He avanzado lo suficiente con mi bifobia internalizada como para sentir que no sería un problema. Sin embargo, al contarle a amigxs cercanxs que mi pareja está transicionando, usual-

mente me preguntan, con cierta gravedad “¿y vos cómo estás?”. Hay muchas respuestas a esa pregunta: en primer lugar, la transición no es una tragedia para el vínculo, salgamos de ese registro; en segundo lugar, estoy muy feliz por mi pareja; en tercer lugar, esto no significa que todo sea sencillo, pero ¿cuándo lo fue?

Siento que no hace falta profundizar en el hecho de que el cisexismo y el odio a las personas trans no son exclusivos de las lesbianas, sino que también abundan entre los putos cis¹⁶, y en general, proliferan en la sociedad toda. Pero particularmente es mezquino, y un daño a nuestra comunidad, que las lesbianas, tortas, putos, maricas, bisexuales y demás fauna cis no trabajemos en la desarticulación de las dinámicas cisexistas que ordenan los circuitos que frecuentamos.



16. Véase el videojuego de Francisco Fernández: “Aventuras de un Puto Trans”, aquí el link: <http://philome.la/PutoTrans/aventuras/play>.

Personas cis: quiénes son, de dónde vienen, a dónde van, qué buscan, qué y cómo piensan, por qué nos discriminan, cómo se reproducen, qué hacen en su tiempo libre, qué estudian, por qué creen que ni toman hormonas ni se operan, qué les duele, qué quieren, por qué nos matan.

Mauro Cabral (2017)

Atendamos estas preguntas y profundicemos un poco más en los asuntos cis. A este respecto, sin duda una perspectiva trans tendrá, por la visión que otorga la periferia, las oportunidades más interesantes. Aquello del *privilegio epistémico* del que hablaba Harding, usualmente comprendido como que hay que ser de determinado grupo para hablar de determinado tema. En mi lectura, Harding no dice eso, sino que el hecho de estar posicionadx en un lugar marginal en relación al poder permite ver “desde lejos” ciertos mecanismos. Creo que tiene razón. Aunque a partir de amistades, textos y experiencias pude empezar a comprender la fuerza y las consecuencias del cissexismo, jamás me sentí tan imbécil y parte del problema como cuando mi pareja asumió que es trans. Allí se empezaron a jugar otras cosas: la necesidad del cuidado, la apatía frente lugares que en otro momento habría tolerado, y mi propia comprensión del problema vital que el cissexismo implica para mi pareja y mis amigxs. No dejé por ello de ser

una persona cissexual, al contrario, creo que se abrió un proceso en el cual comencé realmente a percatarme de que lo soy.

Hay otra pequeña historia que me permitió ver de una manera muy concreta los dobles estándares del cissexismo y lo insidiosos que pueden ser. Muchos varones cis me han contado que pocas veces se han sentido tan incómodos como cuando están en espacios con otros varones cis heterosexuales y escuchan lo que se dice cuando no hay mujeres cerca, es decir, cuando automáticamente quedan dentro de cierta complicidad, la cual pueden elegir aceptar o combatir. Me pasó algo similar, solo que éramos en ese momento dos lesbianas cis hablando por chat sobre un grupo exclusivo para mujeres al que habíamos asistido, al cual se había acercado una mujer trans. La experiencia fue más bien breve y sin mucho intercambio verbal, pero para ella había mucho para decir, especialmente en relación a la presentación de género de la nueva asistente. A ella, que se jactaba de sus amigas travas, no le pareció suficientemente mujer ni femenina. De repente se sentía con el poder de autorizar la identidad ajena y los estereotipos de género eran la vara. Además de cissexismo, sexismo, y la paradoja que no deja de llamarme la atención: su propia presentación de género es particularmente masculina. Le dije que si iba a pedir carnet de feminidad mejor empezara por ella misma.

Este es un ABC bastante burdo del pensamiento cissexista: la idea de que el género de las personas cissexuales es real, auténtico, natural, incluso en un marco teórico que se dice feminista, mientras que el género de las personas trans es *autopercebido*, sujeto a verificación, construido, artefactual y/o voluntario, un género que es puesto a prueba constantemente tanto por «ajustarse demasiado» a los estereotipos de género como por «no hacerlo lo suficiente», un género que se puede borrar de un plumazo para anclar a la persona con el género asignado al nacer. A esta operación Serano le llama *anclaje de género* (Serano: 2007a). Algo que se destaca en el pensamiento cis es su versatilidad al momento de excluir: hay argumentos para todos los gustos. Los hay biologicistas, los hay construccionistas, hasta los hay *queer*; señalan “el exceso” como la “falta” (de lo que sea: la más rancia feminidad o masculinidad, o la más naif y/o deleuziana subversión), los hay groseros, los hay sutiles, se ejecutan explícitamente, o por omisión, sobreentendidos, encubiertos como axiomas.

En la charla que citaba más arriba me pareció muy injusta la vigilancia y la serie de expectativas externas que sin ningún tipo de consideración se imponían, y que, por supuesto, jamás se aplicaban ni se aplicarían a las personas cis. Precisamente esa es la tranquilidad, el privilegio, de vivir de *este lado* (cis). Implica, para mí, que no importe cuán disconforme esté con

mi género¹⁷, cuan complicado sea para mí ser una mujer en este mundo que es cruel con las mujeres *per se*¹⁸, cuán descuidada o embellecida me encuentre ese día, puesto que podré ser juzgada por muchas cosas, o sentirme fuera de lugar en otras, pero hay un núcleo duro que nadie puede cuestionarme: mal que mal, e incluso aunque me *autoperciba* lesbiana, me autoperciba fuera/más allá del género, me generizan inequívocamente como mujer y nadie va a echarme de un Encuentro de Mujeres, nadie va a sospechar de mi género, nadie va a anclarme en otro género distinto al mío, nadie va a cuestionar mi identidad ni le va

17. Una réplica típica a la utilización del término cis es que reconocerse como tal implicaría una especie de “conformidad de género”, incluso más, directamente una adhesión incondicionada a la heteronorma, al sistema sexo-género y/o al patriarcado. Este argumento puede ser contestado por numerosos frentes. Mi preferido es el que indica simplemente que se trata de un vocabulario creado por el activismo trans (argumento rápido como práctico: no es una herramienta del amo).

18. Una resistencia feminista típica a la adopción del término cis consiste en declarar que nadie puede salir beneficiada de ser asignada “mujer”. Ciertamente, ser asignada mujer no suele ser el mejor premio en la lotería de la vida. Pero el privilegio de ser una mujer cis no proviene de del hecho de ser mujer, sino justamente de ser cis. Es tan sencillo como eso: una mujer propietaria es privilegiada por ser propietaria, y no parece haber razón por la cual esto negaría el sexismo ni la violencia sistemática hacia las mujeres.

a errar con el pronombre. En ninguna convocatoria para mujeres y/o lesbianas voy a dudar si estoy realmente invitada, o si seré bienvenida o no. Si me corto el pelo nadie va a pensar que *más bien me lo hubiera dejado largo si pretendo que crean* que soy la persona que soy. Ni “paso” ni “dejo de pasar”, mi “derecho de nacimiento” –como le llama Serano– me deja por fuera de ese examen y más aún, me permite formar parte del tribunal que lleva a cabo las evaluaciones. Nadie me va a leer como una amenaza. El privilegio cissexual me protege de toda esta vigilancia de género y sus ansiedades: ni mi identidad, ni mi género, ni mi pertenencia, ni mi orientación sexual declarada, ni mi dignidad ni mi capacidad real o abstracta de acceder a derechos son puestos en duda.

Este privilegio, y aún si fuera el único que tuviéramos, ya nos pone en la vereda beneficiada de la vida. Incluso con las mejores intenciones, incluso en los mejores cuadros activistas o más versadxs intelectuales, es común que el “presupuesto cis” ordene las relaciones sociales y la percepción del mundo. Mientras que la visibilización crítica del “privilegio hétero” mal que mal ha tenido cierta aceptación, o al menos comprensión, el “presupuesto cis” usualmente ha sido reducido a un par de cuidados protocolares de lenguaje. Incluso, en muchos casos, los intentos de corrección lingüística son infructuosos. Un caso típico es que la gente hable en neutro a personas trans y/o

no binarias, particularmente cuando han manifestado una preferencia o establecido un uso que no era de lenguaje neutro. A veces, puede ser realizado con la intención de no malgenerizar¹⁹ y ser respetuosx, pero termina ocurriendo lo que Serano llama la *tercergenerización*. Dicho en criollo, es algo así como que venga Juan y diga «estoy muy contento porque corrí una maratón», y como Juan es trans, alguien le conteste: «¡qué genie!». Si bien he conocido muchas personas trans y/o no binarias que eligen los pronombres neutros o son indiferentes a los pronombres, esta conducta más que de las personas trans y/o no binarias habla de la manía cisexista de generizar, y particularmente en este caso, tercergenerizar²⁰. “Existe una larga historia acerca de cómo los términos «tercer género» y «tercer sexo» han sido aplicados tanto a las personas homosexuales como a las intersexuales y transexuales, de parte de aquellos que se consideraban a sí mismos como de género «normal»” (Serano: 2007a).

Así como este mecanismo encontraremos muchísimos otros. Julia Serano se ha dedicado a analizar y

19. Asignar de forma incorrecta el género de una persona, ya sea de forma intencional o accidental.

20. Una estrategia TERF clásica y recientemente vista en el activismo feminista argentino es precisamente esta, la de decir que las mujeres trans no son mujeres, sino trans (con el mayor cinismo gesticulan que este argumento es una especie de reivindicación trans).

formalizar la maquinaria cisexista con notable exactitud y exhaustividad. El término “pasa-centrismo” es un especial ejemplo:

Tras un examen minucioso se hace obvio que el concepto de “pasar” se asienta en el privilegio cissexual, ya que solo se aplica a las personas transexuales, nunca a las cissexuales. Por ejemplo, si el empleado de una tienda le llega a decir «Gracias, señor» a una mujer cissexual, nadie diría que ella logró «pasar» como hombre o que no consiguió “pasar” como mujer, en lugar de eso diríamos que lo que en realidad sucedió es que ella es una mujer y fue tomada *equivocadamente* como un hombre. Además, nunca utilizamos la palabra «pasar» para describir a los hombres cissexuales que levantan pesas todos los días buscando conseguir un aspecto más masculino, ni a las mujeres cissexuales que se maquillan y usan faldas y tacones para lograr una apariencia más femenina (Serano: 2007a).

Serano agrega que el *passing* funciona en concordancia con el anclaje de género. Por esa razón, las personas cissexuales solemos pensar: 1. que no “pasamos” como varones o mujeres, sino simplemente “somos”²¹,

21. Así como su inverso: que solo pasamos como personas cis,

2. que las personas trans solo “pasan” luego de la transición, en lugar de ver que quizá estuvieron “pasando” el tiempo previo a la misma, 3. que la disonancia, el error, el equívoco está en la transición, y no en la asignación de género. Serano dice que este punto ciego le recuerda a cómo la gente heterosexual solía, en los ‘70 y ‘80, mostrarse incapaz de imaginar por qué y cómo alguien podría desear y/o tener prácticas homosexuales. Así como al pedir a alguien que imagine una herramienta, y luego un color, la mayoría contestará “martillo rojo”, con esa espontaneidad las personas cissexuales suelen, como parte de su privilegio cis, imaginarse trans en vías de transición hacia un género que no es el propio, en lugar de imaginar cómo habría sido ser obligadxs a vivir en un género con el cual no se identifican.

Un* amig* muy querid*, Duen Sacchi, me llama la atención sobre cómo elaboraciones teórico-prácticas de nuestros movimientos de resistencia se desarrollan en relación a los nombres, es decir, a la capacidad de ser nombradxs, y también contra esos mismos nombres. Por eso me dice que “hay que dar cuenta de cuándo comenzamos a llamarnos qué y cómo y bajo qué marcos de legibilidad posibles y no posibles” (Sacchi: 2017). Un poco en este ensayo he intentado

pero que en realidad no lo somos. Ver hacia el final del artículo, la pregunta de Serano.

mostrar cómo pasé de un *vintage* “homosexual”, con resonancias pueblerinas a lo Manuel Puig, a un “lesbiana” más metropolitano, y actualmente quizá a un ex-lesbiana/bisexual. Aún *femme*, antes y ahora cis. Mi identidad es parte de ese tironeo y de esa historia, de leerme y de la suma de las lecturas que realizaron sobre mí, es haber leído a Cabral, a Haraway, a Halberstam, a Serano, es también una pregunta abierta y ya no el índice de una política, sino un pedazo mío, una sección de un conjunto mayor que es campo abierto de coaliciones.

Molly Nilsson, la reina europea del synth-pop, canta al respecto de los privilegios: *“Cuando tenés privilegios / Privilegios / Los tenés todo el tiempo / Pero, el privilegio del privilegio es / Darse vuelta y decir / «Oh, esa vieja cosa no es mía»”*²². La tranquilidad cis ha sido interrumpida por el activismo trans y su teoría, su vocabulario y sus demandas. Bienvenidos sean. Y si aún, después de todo, alguna persona cis no está del todo convencida en por qué alguien se empeña en vivir su identidad al igual que ella, entonces puede reflexionar sobre la pregunta con la que Serano abre muchas de sus charlas: *“Si yo les ofreciera diez millones de dólares a cambio de que ustedes vivieran como*

22. *When you have’got privileges / Privileges / You have them all the time / But then, the privilege of privilege is / To turn around and say / “oh, that old thing ain’t mine”* (Nilsson: 2017).

alguien del otro sexo para el resto de sus vidas, ¿aceptarían la oferta?" (Serano: 2007b). Si este ensayo ayuda a alguna persona cis a reflexionar sobre el cissexismo, entonces logró su cometido. Quedará preguntarse cuánto cissexismo queda en el hecho de no haber podido escuchar el reclamo hasta que no viniera de otra persona cis.

Aún cuando el reconocimiento esté extendido de alguna forma a todas las personas sin excepción, se asume que el sector de los irreconocibles es todavía muy grande, y que este mismo diferencial se reproduce cada vez que el reconocimiento queda ampliado de alguna manera. Paradójicamente, cuando se extienden ciertas formas de reconocimiento, el sector de los irreconocibles, lejos de desaparecer, se incrementa de la misma manera (Butler: 2017, p. 13).

Quién sabe cuáles serán los afueras de mañana, cómo se organizarán, cómo aparecerán aún cuando no tuvieran derecho a aparecer (precisamente por ello, se reunirán por su *derecho a tener derechos*). Ya sea que quedemos de un lado o del otro de la valla, mi deseo es que podamos aprender de este *loop*, que cambie nuestra política entera de ser necesario, que las fronteras de lo vivible se corran al mismo tiempo que están siendo trazadas. *Cis* es una marca incómoda,

un conjunto de privilegios, relativos y mezclados con muchos otros (o con la falta de muchos otros), pero sin duda un índice que tenemos que volver a recorrer, un nombre potente, el señalamiento de un pasado que precisa ser reparado, algo de lo que debemos aprender para forjar otra modulación del presente posible, otro futuro, una comunidad.

Bibliografía

Akntiendz Chik, Irassema Pocasangre y Aylin Mainard (2016), “Mi Transfeminismo es mi Kung Fú”, curso realizado en el Centro Cultural Tierra Violeta, noviembre y diciembre.

Akntiendz Chik (2011), “Todo depende del ojo (cissexual) con que se vea”, entrada del 18 de octubre, disponible en línea en: <http://akntiendz.com/?p=5115>. Fecha de consulta: 20 de septiembre de 2017.

Butler, Judith (2017), *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*, trad. María José Viejo, Paidós, Munro.

Cabral, Mauro (2017), “Flyer para un Seminario de Estudios Cis”, compartido en su muro de la plataforma Facebook, julio-agosto.

Cuello, Nicolás (2016), “Sáquense las caretas”, en Suplemento Soy, Diario *Página/12*, viernes 17 de junio.

Giaganti, Silvina (2014), “El fanatismo”, en Suplemento Las 12, Diario *Página/12*, viernes 24 de enero.

Haraway, Donna (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*, trad. M. Talens, Madrid, Ediciones Cátedra.

Nilsson, Molly, "Let's Talk About Privileges" (2017), en el álbum *Imaginations*, Dark Skies Associations y Night School Records, Berlin.

Massacese, María Julieta (2013), "El lesbianismo como eslógan político: problemas de una historia continental", en Simposio "Filosofía y diversidad sexo-genérica", coordinado por Mauro Cabral, Virginia Cano y Eduardo Mattio, XVI Congreso Nacional AFRA, Buenos Aires, 18 al 22 de marzo.

Mattio, Eduardo (2015), "Cómo ser lesbiana(s). El legado de Monique Wittig en disputa", Revista ESTUDIOS, N° 3, Julio-Diciembre.

Sacchi, Duen (2017), conversación por correo electrónico.

Serano, Julia (2014), "Cómo ser una Aliada de las Mujeres Trans", traducción libre de Akntiendz Chik, en *Excluded. Making Feminism and Queer Movements More Inclusive*. Disponible en línea: <http://akntiendz.com/?p=10386>. Fecha de consulta: 4 de septiembre de 2017.

Serano, Julia (2007a), "Desmontando el privilegio cissexual", traducción libre de Akntiendz Chik, en *Whipping Girl. A Transsexual Woman On Sexism And The Scapegoating Of Femininity*. Disponible en línea: <http://akntiendz.com/?p=6315>. Fecha de consulta: 10 de septiembre de 2017.

Serano, Julia (2007b), "Puntos Ciegos de las Personas Cissexuales: Sexo Subconsciente y Derecho Automático a la Superioridad de Género", traducción libre de Akntiendz Chik, en